

¿Qué novedades en el frente? Psicoanálisis en la línea de fuego?

Leonardo Leibson⁸

“En este contexto uso el término “cuerpo plural” (*plural body*), que es producido en situaciones de extremo peligro, cuyas capacidades de sobrepasan aquellas del cuerpo individual.”

Françoise Davoine

“Si no hay nada nuevo bajo el sol, busquemos en las oscuridades”

Sigmund Freud

1.

A veces la repetición se disfraza de novedad. Estamos ante eso en estos tiempos. La historia se repite. Las catástrofes se reiteran. Las vueltas de las políticas económicas suenan como si se pusiera un mismo disco (rayado) una vez más en el mismo gramófono. Las injurias al cuerpo social no cesan de no cesar. La desesperación y las angustias, ¿son siempre las mismas? Y, sobre todo, lo que podemos hacer con eso: ¿es repetir la desazón, el fastidio, el enojo, la indignación y la desesperanza, por más justificados que estén?

Hay un capítulo de la práctica del psicoanálisis que abarca la labor de psicoanalistas en momentos de catástrofes. Se pueden distinguir catástrofe y trauma. El trauma alude a un momento estructural y constitutivo de la subjetividad, que podemos ubicar en el encuentro -más bien choque, de ahí lo traumático- entre el cuerpo y el lenguaje. El cuerpo queda marcado por los efectos del lenguaje (que es tan material como el cuerpo), así como el lenguaje se nutre de lo que ese cuerpo (ya alejado del organismo) le aporta como sentido.

Las catástrofes, en cambio, son contingentes, azarosas, no necesarias. El nombre incluye en su etimología (del griego *katastrophé*: ruina) la destrucción. Lo que en ellas se impone no es sólo el golpe (trauma) sino la ruptura de los lazos y las redes sociales y comunitarias que soportan y sostienen los desplazamientos de todos y cada uno. La

⁸ Dr LEIBSON Leonardo. Psicoanalista. Médico, UBA esp. en Psiquiatría, APSA. Doctor en Psicología (UBA). Docente de grado y posgrado e investigador, Facultad de Psicología (UBA). Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata y de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo lacaniano. Docente del Colegio Clínico del Río de la Plata. Docente de Colorado Clinical College (Denver, Colorado, EEUU). Docente y supervisor de Servicios hospitalarios

catástrofe es cuando se pierden esos lazos que soportan lo simbólico. Lazos que, también, son imaginarios y reales.

En las catástrofes las personas afectadas no sólo quedan indefensas sino que, sobre todo, encuentran que no hay a quién dirigirse. Tal vez esa sea la peor forma de la indefensión y de la crueldad. Cuando la ausencia radical del interlocutor deja al sujeto aislado de su soporte fundamental. Que no haya a quién apelar, a quién invocar, a quién interrogar. Incluso, que no haya alguien que responda a los insultos, a los gritos, a los aullidos. Un Otro absolutamente indiferente, como si allí no hubiera nadie.

Ante eso quedamos invisibles, mudos e impotentes. O sea, perdemos la confianza en que una palabra, una mirada, un movimiento o un gesto puedan llegar a alguien. Y si no llegan a alguien -o sea, si no hay ninguna respuesta que a su vez nos interpele-, no existimos. Si no puedo hacerme ver, hacerme oír, hacerme sentir, mi propia existencia se pone en duda. Para seguir derrumbándose cada día un poco más.

Esa, cuenta Primo Levi, es la experiencia del que en los campos de concentración nazis llamaban *musulmán*. Se trataba de aquellos prisioneros que, habiendo abandonado todo recurso al lazo con otros, estaban muertos subjetivamente. Como dice G. Agamben, esos que ya estaban muertos mucho antes de entrar a las cámaras de gas. Ese es el que ha caído de los lazos.

Todos podemos llegar a estar de un lado o del otro. Podemos incluso quedar, más allá de nuestra voluntad, del lado de los que no hacen lugar a los gestos o las palabras de quien viene a dirigirnos una demanda. Cuando el protocolo y el cansancio nos ganan, cuando la obligación nos sobrepasa, cuando queremos curar a todos y todo el tiempo y rápido. Cuando estamos tan preocupados por las soluciones que no nos detenemos a registrar qué es lo que deberíamos solucionar.

El problema no es personal, es discursivo. En qué discurso nos vemos tomados y si podemos hacer algún giro allí. No es cuestión de ser “buenos” ni “correctos”. Es cuestión de sobrevivir y también de mantener(nos) vivos. De mantener lo vivo.

Tenemos ejemplos de estas situaciones en las guerras, en la experiencia del *Lager* (campo). También la hemos tenido en otro marco durante la pandemia.

La historia se repite. Pero ¿siempre igual? ¿Repetición es sinónimo de identidad, de identidad lograda? ¿O será que a veces la diferencia se disimula en la repetición, siendo que es la repetición la que la engendra?

La repetición puede disfrazarse de novedad. Pero la novedad puede emerger de la lectura a la que la repetición invita. Eso implica dejar de lado la reticencia, el aburrimiento, el rechazo, el adormecimiento. O sea, las formas de la angustia que nos afectan en nuestra práctica. Porque culpar a la realidad o a los pacientes por las dificultades que enfrentamos es algo ajeno a la ética del psicoanálisis. No porque tengamos que ser buenos, comprensivos, amorosos o correctos. Sino porque esa ética, que podemos llamar del “bien decir” pero que prefiero llamarla *ética de la lectura activa*, nos pone en la dis-posición de interrogar el fenómeno clínico en sus raíces. Interrogarlo a partir de considerarlo un fragmento de la verdad del sujeto que está aquejado por ese fenómeno. O sea, a partir de considerarlo como algo que, a pesar de todo, es un intento de decir, un intento de resolver un conflicto, un intento de mostrar, un llamado, una mostración.

Interrogarlo advertidos de que , de alguna manera, estamos concernidos y participamos de eso que interrogamos. O sea que también cabe que podamos interrogarnos acerca de nuestro lugar en el juego.

Si lo hacemos, seguramente nos encontraremos con algunas de las formas de la reiteración, la dificultad, el obstáculo, el detenimiento, el penar estafalario, el penar angustiante, el dolor de no saber qué es lo que duele tanto.

Disponernos a leer es una ética porque implica una toma de posición. No la obediencia a un protocolo o a un ideal. Ni la obediencia más o menos ciega y “debida” - como toda obediencia. ¿Hay acaso obediencia lúcida? Si, tal vez, cuando nos “sometemos totalmente a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo” (Lacan). Pero ahí hay un ojo que juega y un ojo que no duerme, está atento al juego y puede despertar la pregunta acerca de bajo qué formas estamos metidos en ese juego transferencial; y, de ahí, cómo podemos encontrar otra forma de jugarlo. O sea, de introducir allí algo distinto, algo que haga diferencia, corte, empalme, sutura, salto. La diferencia que, como nos enseña la experiencia del inconsciente, es por la repetición por la que podemos encontrarla.

¿Dónde? En el *entre*. Entre marca y marca en el hueso del cazador, ese que Lacan imagina en el Seminario “La identificación”. Entre pieza y pieza del juego. Entre palabras, entre gestos, entre afectos. Entre el miedo y el deseo por ejemplo. Entre una lengua y otra. Entre un silencio y un grito. Entre un silencio y otro silencio que parece siempre el mismo pero, tal vez, no es tan siempre ni tan mismo. En los detalles, en los indicios. En lo que nos mueve la escucha.

No sin olvidar que los analistas no somos ajenos a la catástrofe. Estamos igual de aplastados, invadidos, inundados, arrasados. No sólo no estamos en ninguna torre de cristal. No siquiera podemos sostener un lugar equilibrado en medio de la tormenta. Las balas nos zumban igual que a todos. ¿Qué puede hacer diferencia allí?

La diferencia es que estamos en el mismo mundo pero no en el mismo lugar. Somos segundos, *therapon*: como lo son Patroclo o Sancho Panza (Françoise Davoine). Lo que representa la *philia*, como la menciona Lacan en “De una cuestión preliminar...”.

3.

No hay receta ni garantía. Pero hay la experiencia del inconsciente que nos aporta algo que puede ser diferente. Porque el inconsciente es creativo, es repetición en la diferencia y diferencia en la repetición. El inconsciente que no es un depósito de palabras o imágenes, ni una máquina de lanzar incoherencias. Es lo que en el hablar de todos los días resalta, sorprende, hace ruptura. Desconcierta. Irrumpe, interrumpe, a veces escandalosamente. Otras, de modos más humorísticos o como errores tontos. La gracia es poder ver en la tontería algo que no es tonto, o que lo es un poco menos. La apuesta es a la respuesta del sujeto, a su capacidad de hacerse responsable. Ante lo que viene de ese Otro cruel y negador, ese Otro que no interpela sino que impone, hacer de eso una interpelación a la que de alguna manera u otra convendría responder. Porque ese intento de respuesta nos constituye, nos dignifica, tal vez nos acerca a algo que vagamente podríamos llamar un grado de libertad. La libertad de querer lo que se hace, de querer lo que se produce.

Como los psicóticos o como los que están de duelo, aquellos que habiendo sido bruscamente invadidos por eso que se les impone en y desde lo real no pueden apelar a la denegación y sólo les queda el intento por responder. Que no es sinónimo de entender

sino de leer algo ahí, de descifrar algo en esa oscuridad de donde viene lo que, a pesar de todo, nos constituye.

O como cuando ese trabajo lleva a engendrar un “cuerpo plural”, como lo llama F. Davoine. Un cuerpo que da cuerpo a la palabra y al lazo que nos permite seguir.

La experiencia nos muestra que ese trabajo se vuelve un poco más liviano y más productivo si hay quien escucha nuestra búsqueda, quien asiste (como público, como testigo paradójal) a nuestros esfuerzos; así como otros con quienes algo de eso incompañible se puede compartir. Los artefactos sociales, comunitarios, solidarios son vitales cuando la vida está bajo amenaza. El psicoanálisis es (puede serlo, debería serlo) también un artefacto comunitario.

Referencias:

- Françoise Davoine, *Pandemics, wars, traumas and literature. Echoes from the Front Lines*. New York: Routledge, 2022.
- Freud, S. (1914) “Recordar, repetir y reelaborar”, en *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, t.XII, págs. 145-157
- Lacan, J. (1958), “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos 2*, México: Siglo XXI ediciones, 1987, 513-564